

APRENDAMOS A VIVIR

....Antes de
que nos haga
tarde



Hay un período cuando los padres quedan huérfanos de sus hijos. Y es que los niños crecen independientes de nosotros, como árboles frutales y pájaros imprudentes.

Crece sin pedir permiso a la vida. Crece con una estridencia alegre y, a veces, con alardeada arrogancia. Pero no crece todos los días, de igual manera, crece de repente. Un día se sientan cerca en la terraza y te dicen una frase con tal naturalidad que es en ese preciso momento que sientes que no puedes más ponerle pañales a aquella "criatura".

¿Dónde fue que anduvo creciendo aquella insignificancia que no percibiste?

¿Dónde quedaron la placita de jugar en la arena, las fiestas de cumpleaños con payasos, los juguetes preferidos?..

El niño crece en un ritual de obediencia orgánica y desobediencia civil.

Ahora estás allí, en la puerta de la discoteca, esperando que él / ella no sólo crezca, sino aparezca. Allí están muchos padres al volante, esperando que salgan zumbando sobre patines y cabellos largos y sueltos.

Allá están nuestros hijos, entre hamburguesas y gaseosas en las esquinas, con el uniforme de su generación, y las incómodas mochilas moda en los hombros.

Y allí estamos nosotros, con los cabellos canos.

Esos son los hijos que conseguimos generar y amar a pesar de los golpes de los vientos, de las cosechas, de las noticias y de la dictadura de las horas. Ellos crecieron medio amaestrados, observando y aprendiendo con nuestros errores y aciertos. Principalmente con los errores que esperamos que no repitan.

Hay un período en que los padres van quedando un poco huérfanos de los propios hijos. ya no los buscaremos mas en las puertas de las discotecas y de las fiestas. Pasó el tiempo del piano, el ballet, el inglés, natación y el kárate.

Salieron del asiento de atrás y pasaron al volante de sus propias vidas. Deberíamos haber ido más juntos a su cama al anochecer, para oír su alma respirando conversaciones y confidencias entre las sábanas de la infancia, y a los adolescentes cubrecamas de aquellas piezas llenas de

calcomanías, posters, agendas y discos ensordecedores.

No los llevamos suficientemente al cine, a los juegos, no les dimos suficientes hamburguesas y bebidas, no les compramos todos los helados y ropas que nos hubiera gustado comprarles.

Ellos crecieron, sin que agotásemos con ellos todo nuestro afecto.

Al principio fueron al campo o fueron a la playa entre discusiones, galletas, congestiónamiento, Navidades, pascuas, piscinas y amigos.

Si, había peleas dentro del auto, la pelea por la ventana, los pedidos de chicles y reclamos sin fin.

Después llegó el tiempo en que viajar con los padres comenzó a ser un esfuerzo, un sufrimiento, pues era imposible dejar el grupo de amigos y primeros enamorados. Los padres quedaban exiliados de los hijos. Tenían la soledad que siempre desearon pero de repente, morían de nostalgia de aquellas "pestes".

Llega el momento en que sólo nos resta quedar mirando desde lejos, torciendo y rezando mucho (en ese tiempo, si nos habíamos olvidado, recordamos cómo rezar) para que escojan bien en la búsqueda de la felicidad, y que la conquisten del modo más completo posible.

El secreto es esperar. En cualquier momento nos pueden dar nietos.

El nieto es la hora del cariño ocioso y picardía no ejercida en los propios hijos, y que no puede morir con nosotros. Por eso los abuelos son tan desmesurados y distribuyen tan incontrolable cariño, los nietos son la última oportunidad de reeditar nuestro afecto. Por eso es necesario hacer algunas cosas adicionales.

¡Antes que Ellos Crezcan;

Así es la vida.

Solo aprendemos a ser hijos después que somos padres.
Sólo aprendemos a ser padres después que somos abuelos.